

**Lope de Vega**

# **El caballero de Olmedo**

**Colección Averroes**

**Colección Averroes**  
**Consejería de Educación y Ciencia**  
**Junta de Andalucía**

## ÍNDICE

Acto primero .....	5
Acto segundo.....	40
Acto tercero.....	75



*Acto primero*

**Personas del acto primero**

DON ALONSO  
DON RODRIGO  
DON FERNANDO  
DON PEDRO  
DOÑA INÉS  
DOÑA LEONOR  
TELLO  
ANA  
FABIA

*Sale DON ALONSO.*

ALONSO

Amor, no te llame amor  
el que no te corresponde,  
pues que no hay materia adonde  
imprima forma el favor.  
Naturaleza, en rigor,  
conservó tantas edades  
correspondiendo amistades:  
que no hay animal perfeto  
si no asiste a su conceto  
la unión de dos voluntades.  
De los espíritus vivos  
de unos ojos procedió  
este amor que me encendió  
con fuegos tan excesivos.  
No me miraron altivos,  
antes, con dulce mudanza,  
me dieron tal confianza  
que, con poca diferencia,  
pensando correspondencia,  
engendra amor esperanza.  
Ojos, si ha quedado en vos  
de la vista el mismo efeto,  
amor vivirá perfeto,  
pues fue engendrado de dos;  
pero si tú, ciego dios,  
diversas flechas tomaste,  
no te alabes que alcanzaste  
la vitoria, que perdiste,  
si de mí solo naciste,  
pues imperfeto quedaste.

*Salen TELLO, criado, y FABIA.*

FABIA                   ¿A mí, forastero?

TELLO                                   A ti.

FABIA                   Debe de pensar que yo  
soy perro de muestra.

TELLO                                   No.

FABIA                   ¿Tiene algún achaque?

TELLO                                   Sí.

FABIA                   ¿Qué enfermedad tiene?

TELLO                                   Amor.

FABIA                   Amor ¿de quién?

TELLO                                   Allí está:  
él, Fabia, te informará  
de lo que quiere mejor.

FABIA                   Dios guarde tal gentileza.

ALONSO                Tello, ¿es la madre?

TELLO                                   La propia.

ALONSO                ¡Oh Fabia! ¡Oh retrato, oh copia  
de cuanto naturaleza  
puso en ingenio mortal!  
¡Oh peregrino doctor  
y para enfermos de amor  
Hipócrates celestial!  
Dame a besar esa mano,  
honor de las tocas, gloria  
del monjil.



FABIA

Así lo creo.

ALONSO

Escucha, así Dios te guarde.  
Por la tarde salió Inés  
a la feria de Medina,  
tan hermosa, que la gente  
pensaba que amanecía.  
Rizado el cabello en lazos,  
que quiso encubrir la liga,  
porque mal caerán las almas  
si ven las redes tendidas.  
Los ojos, a lo valiente,  
iban perdonando vidas,  
aunque dicen los que deja  
que es dichoso a quien la quita.  
Las manos haciendo tretas,  
que, como juego de esgrima,  
tiene tanta gracia en ellas,  
que señala las heridas.  
Las valonas esquinadas  
en manos de nieve viva,  
que muñecas de papel  
se han de poner en esquinas.  
Con la caja de la boca  
allegaba infantería,  
porque, sin ser capitán,  
hizo gente por la villa.  
Los corales y las perlas  
dejó Inés, porque sabía  
que las llevaban mejores  
los dientes y las mejillas.  
Sobre un manteo francés  
una verdemar basquiña,  
porque tenga en otra lengua  
de su secreto la cifra.

No pensaron las chinelas  
llevar de cuantos la miran  
los ojos en los listones,  
las almas en las virillas.  
No se vio florido almendro  
como toda parecía,  
que del olor natural  
son las mejores pastillas.  
Invisible fue con ella  
el Amor, muerto de risa  
de ver, como pescador,  
los simples peces que pican.  
Unos le prometen sartas  
y otros arracadas ricas;  
pero en oídos de áspid  
no hay arracadas que sirvan.  
Cuál a su garganta hermosa  
el collar de perlas finas;  
pero, como toda es perla,  
poco las perlas estima.  
Yo, haciendo lengua los ojos,  
solamente le ofrecía  
a cada cabello un alma,  
a cada paso una vida.  
Mirándome sin hablarme,  
parece que me decía:  
«No os vais, don Alonso, a Olmedo,  
quedaos agora en Medina».  
Creí mi esperanza, Fabia...  
Salió esta mañana a misa,  
ya con galas de señora,  
no labradora fingida.  
Si has oído que el marfil  
del unicornio santigua  
las aguas, así el cristal

de un dedo puso en la pila.  
Llegó mi amor basilisco,  
y salió del agua misma  
templado el veneno ardiente  
que procedió de su vista.  
Miró a su hermana, y entrambas  
se encontraron en la risa,  
acompañando mi amor  
su hermosura y mi porfía.  
En una capilla entraron;  
yo, que siguiéndolas iba,  
entré imaginando bodas:  
¡tanto quien ama imagina!  
Vime sentenciado a muerte,  
porque el amor me decía:  
«Mañana mueres, pues hoy  
te meten en la capilla».  
En ella estuve turbado:  
ya el guante se me caía,  
ya el rosario, que los ojos  
a Inés iban y venían.  
No me pagó mal, sospecho  
que bien conoció que había  
amor y nobleza en mí;  
que quien no piensa no mira,  
y mirar sin pensar, Fabia,  
es de inorantes, y implica  
contradicción que en un ángel  
faltase ciencia divina.  
Con este engaño, en efeto,  
le dije a mi amor que escriba  
este papel; que si quieres  
ser dichosa y atrevida  
hasta ponerle en sus manos,  
para que mi fe consiga

esperanzas de casarme  
(tan honesto amor me inclina),  
el premio será un esclavo,  
con una cadena rica,  
encomienda de esas tocas,  
de malcasadas envidia.

FABIA Yo te he escuchado.

ALONSO Y ¿qué sientes?

FABIA Que a gran peligro te pones.

TELLO Escusa, Fabia, razones,  
si no es que por dicha intentes,  
como diestro cirujano,  
hacer la herida mortal.

FABIA Tello, con industria igual  
pondré el papel en su mano,  
aunque me cueste la vida,  
sin interés, porque entiendas  
que, donde hay tan altas prendas,  
sola yo fuera atrevida.  
Muestra el papel, que primero  
le tengo de aderezar.

ALONSO ¿Con qué te podré pagar  
la vida, el alma que espero,  
Fabia, de esas santas manos?

TELLO ¿Santas?

ALONSO ¿Pues no, si han de hacer  
milagros?

TELLO De Lucifer.

FABIA Todos los medios humanos  
tengo de intentar por ti,

porque el darme esa cadena  
no es cosa que me da pena:  
más confiada nací.

TELLO                   ¿Qué te dice el memorial?

ALONSO                Ven, Fabia, ven, madre honrada,  
porque sepas mi posada.

FABIA                   Tello...

TELLO                   Fabia...

FABIA                                No hables mal,  
que tengo cierta morena  
de extremado talle y cara...

TELLO                Contigo me contentara,  
si me dieras la cadena.

*Vanse, y salen DOÑA INÉS y DOÑA LEONOR.*

INÉS                    Y todos dicen, Leonor,  
que nace de las estrellas.

LEONOR                De manera que, sin ellas,  
¿no hubiera en el mundo amor?

INÉS                    Dime tú: si don Rodrigo  
ha que me sirve dos años,  
y su talle y sus engaños  
son nieve helada conmigo,  
y en el instante que vi  
este galán forastero,  
me dijo el alma: «Éste quiero»,  
y yo le dije: «Sea así»,  
¿quién concierto y desconcierto  
este amor y desamor?

## Lope de Vega

---

LEONOR Tira como ciego Amor:  
yerra mucho y poco acierta.  
Demás que negar no puedo  
(aunque es de Fernando amigo  
tu aborrecido Rodrigo,  
por quien obligada quedo  
a intercederte por él)  
que el forastero es galán.

INÉS Sus ojos causa me dan  
para ponerlos en él,  
pues pienso que en ellos vi  
el cuidado que me dio,  
para que mirase yo  
con el que también le di.  
Pero ya se habrá partido.

LEONOR No le miro yo de suerte  
que pueda vivir sin verte.

*ANA, criada.*

ANA Aquí, señora, ha venido  
la Fabia... o la Fabiana.

INÉS Pues ¿quién es esa mujer?

ANA Una que suele vender  
para las mejillas grana  
y para la cara nieve.

INÉS ¿Quieres tú que entre, Leonor?

LEONOR En casas de tanto honor  
no sé yo cómo se atreve,  
que no tiene buena fama;  
mas ¿quién no desea ver?

INÉS Ana, llama esa mujer.

ANA Fabia, mi señora os llama.

*FABIA, con una canastilla.*

FABIA Y ¡cómo si yo sabía  
que me habías de llamar!  
¡Ay! Dios os deje gozar  
tanta gracia y bizarría,  
tanta hermosura y donaire;  
que cada día que os veo  
con tanta gala y aseo  
y pisar de tan buen aire,  
os echo mil bendiciones;  
y me acuerdo como agora  
de aquella ilustre señora,  
que con tantas perfecciones  
fue la Fénix de Medina,  
fue el ejemplo de lealtad.  
¡Qué generosa piedad  
de eterna memoria digna!  
¡Qué de pobres la lloramos!  
¿A quién no hizo mil bienes?

INÉS Dinos, madre, a lo que vienes.

FABIA ¡Qué de huérfanas quedamos  
por su muerte malograda!  
¡La flor de las Catalinas!  
Hoy la lloran mis vecinas,  
no la tienen olvidada.  
Y a mí, ¿qué bien no me hacía?  
¡Qué en agraz se la llevó  
la muerte! No se logró.  
Aún cincuenta no tenía.



FABIA Padre que se duerme en esto,  
mucho a sí mismo se agravia.  
La fruta fresca, hijas mías,  
es gran cosa, y no aguardar  
a que la venga a arrugar  
la brevedad de los días.  
Cuantas cosas imagino,  
dos solas, en mi opinión,  
son buenas, viejas.

LEONOR ¿Y son?

FABIA Hija, el amigo y el vino.  
¿Veisme aquí? Pues yo os prometo  
que fue tiempo en que tenía  
mi hermosura y bizarría  
más de algún galán sujeto.  
¿Quién no alababa mi brío?  
¡Dichoso a quien yo miraba!  
Pues ¿qué seda no arrastraba?  
¡Qué gasto, qué plato el mío!  
Andaba en palmas, en andas.  
Pues, ¡ay Dios!, si yo quería,  
¿qué regalos no tenía  
desta gente de hopalandas?  
Pasó aquella primavera,  
no entra un hombre por mi casa;  
que, como el tiempo se pasa,  
pasa la hermosura.

INÉS Espera,  
¿qué es lo que traes aquí?

FABIA Niñerías que vender  
para comer, por no hacer  
cosas malas.

## Lope de Vega

---

- LEONOR Hazlo así,  
madre, y Dios te ayudará.
- FABIA Hija, mi rosario y misa;  
esto, cuando estoy de prisa;  
que si no...
- INÉS Vuélvete aca.  
¿Qué es esto?
- FABIA Papeles son  
de alcanfor y solimán.  
Aquí secretos están  
de gran consideración  
para nuestra enfermedad  
ordinaria.
- LEONOR Y esto ¿qué es?
- FABIA No lo mires, aunque estés  
con tanta curiosidad.
- LEONOR ¿Qué es, por tu vida?
- FABIA Una moza  
se quiere, niñas, casar;  
mas acertola a engañar  
un hombre de Zaragoza.  
Hase encomendado a mí,  
soy piadosa... y, en fin, es  
limosna, porque después  
vivan en paz.
- INÉS ¿Qué hay aquí?
- FABIA Polvos de dientes, jabones  
de manos, pastillas, cosas  
curiosas y provechosas.
- INÉS ¿Y esto?





las que aquí puede traer  
esta venerable anciana,  
pues no serán ricas joyas  
para ofrecer la paga,  
mandadme que os sirva yo.

LEONOR           No habemos comprado nada,  
que es esta buena mujer  
quien suele lavar en casa  
la ropa.

RODRIGO                   ¿Qué hace don Pedro?

LEONOR           Fue al campo, pero ya tarda.

RODRIGO           ¿Mi señora doña Inés...?

LEONOR           Aquí estaba... Pienso que anda  
despachando esta mujer.

RODRIGO           Si me vio por la ventana,  
¿quién duda que huyó por mí?  
¿Tanto de ver se recata  
quien más servirla desea?

*Salga DOÑA INÉS.*

LEONOR           Ya sale. Mira que aguarda  
por la cuenta de la ropa  
Fabia.

INÉS                   Aquí la traigo, hermana.  
Tomad y haced que ese mozo  
la lleve.

FABIA                   ¡Dichosa el agua  
que ha de lavar, doña Inés,  
las reliquias de la holanda  
que tales cristales cubre!

*Lea.*

Seis camisas, diez toallas,  
cuatro tablas de manteles,  
dos cosidos de almohadas,  
seis camisas de señor,  
ocho sábanas... Mas basta,  
que todo vendrá más limpio  
que los ojos de la cara.

RODRIGO      Amiga, ¿queréis ferirme  
ese papel, y la paga  
fiad de mí, por tener  
de aquellas manos ingratas  
letra siquiera en las mías?

FABIA          ¡En verdad que negociara  
muy bien si os diera el papel!  
Adiós, hijas de mi alma.

*Vase.*

RODRIGO      Esta memoria aquí había  
de quedar, que no llevarla.

INÉS           Llévala y vuélvela, a efeto  
de saber si algo le falta.  
Mi padre ha venido ya.  
Vuestas mercedes se vayan  
o le visiten, que siente  
que nos hablen, aunque calla.

RODRIGO      Para sufrir el desdén  
que me trata desta suerte,  
pido al amor y a la muerte  
que algún remedio me den.

Al amor, porque también  
puede templar tu rigor  
con hacerme algún favor;  
y a la muerte, porque acabe  
mi vida; pero no sabe  
la muerte, ni quiere amor.  
Entre la vida y la muerte,  
no sé qué medio tener,  
pues amor no ha de querer  
que con tu favor acierte;  
y siendo fuerza quererte,  
quiere el amor que te pida  
que seas tú mi homicida.  
Mata, ingrata, a quien te adora:  
serás mi muerte, señora,  
pues no quieres ser mi vida.  
Cuanto vive, de amor nace  
y se sustenta de amor;  
cuanto muere es un rigor  
que nuestras vidas deshace.  
Si al amor no satisface  
mi pena, ni la hay tan fuerte  
con que la muerte me acierte,  
debo de ser inmortal,  
pues no me hacen bien ni mal  
ni la vida ni la muerte.

*Vanse los dos.*

INÉS                    ¡Qué de necedades juntas!  
LEONOR                No fue la tuya menor.  
INÉS                    ¿Cuándo fue discreto amor,  
si del papel me preguntas?

## Lope de Vega

---

LEONOR           ¿Amor te obliga a escribir  
sin saber a quién?

INÉS                               Sospecho  
que es invención que se ha hecho,  
para probarme a rendir,  
de parte del forastero.

LEONOR           Yo también lo imaginé.

INÉS               Si fue así, discreto fue.  
Leerte unos versos quiero.

*Lea.*

«Yo vi la más hermosa labradora,  
en la famosa feria de Medina,  
que ha visto el sol adonde más se inclina  
desde la risa de la blanca aurora.  
Una chinela de color que dora  
de una coluna hermosa y cristalina  
la breve basa, fue la ardiente mina  
que vuela el alma a la región que adora.  
Que una chinela fuese vitoriosa,  
siendo los ojos del Amor enojos,  
confesé por hazaña milagrosa.  
Pero díjele, dando los despojos:  
'Si matas con los pies, Inés hermosa,  
¿qué dejas para el fuego de tus ojos?」»

LEONOR           Este galán, doña Inés,  
te quiere para danzar.

INÉS               Quiere en los pies comenzar  
y pedir manos después.

LEONOR           ¿Qué respondiste?





TELLO Sin leer no me lo mandes,  
que aun temo que hay palos dentro,  
pues en mondadientes caben.

*Lea.*

ALONSO «Cuidadosa de saber si sois quien presumo, y  
deseando que lo seáis, os suplico que vais esta  
noche a la reja del jardín desta casa, donde hallaréis  
atado el listón verde de las chinelas, y ponéosle  
mañana en el sombrero para que os conozca».

FABIA ¿Qué te dice?

ALONSO Que no puedo  
pagarte ni encarecerte  
tanto bien.

TELLO Ya desta suerte  
no hay que ensillar para Olmedo.  
¿Oyen, señores rocines?  
Sosiéguese, que en Medina  
nos quedamos.

ALONSO La vecina  
noche, en los últimos fines  
con que va espirando el día,  
pone los helados pies.  
Para la reja de Inés,  
aún importa bizzarría,  
que podría ser que amor  
la llevase a ver tomar  
la cinta. Voyme a mudar.

*Vase.*

## Lope de Vega

---

- TELLO                    Y yo a dar a mi señor,  
Fabia, con licencia tuya,  
aderezo de sereno.
- FABIA                    Detente.
- TELLO                                       Eso fuera bueno,  
a ser la condición suya  
para vestirse sin mí.
- FABIA                    Pues bien le puedes dejar,  
porque me has de acompañar
- TELLO                    ¿A ti, Fabia?
- FABIA                                       A mí.
- TELLO                                       ¿Yo?
- FABIA                                       Sí,  
que importa a la brevedad  
deste amor.
- TELLO                                       ¿Qué es lo que quieres?
- FABIA                    Con los hombres, las mujeres  
llevamos seguridad.  
Una muela he menester  
del salteador que ahorcaron  
ayer.
- TELLO                                       Pues ¿no le enterraron?
- FABIA                    No.
- TELLO                                       Pues ¿qué quieres hacer?
- FABIA                    Ir por ella, y que conmigo  
vayas solo acompañarme.

- TELLO                   Yo sabré muy bien guardarme  
de ir a esos pasos contigo.  
¿Tienes seso?
- FABIA                                   Pues, gallina,  
adonde yo voy, ¿no irás?
- TELLO                   Tú, Fabia, enseñada estás  
a hablar al diablo.
- FABIA                                   Camina.
- TELLO                   Mándame a diez hombres juntos  
temerario acuchillar,  
y no me mandes tratar  
en materia de difuntos.
- FABIA                   Si no vas, tengo de hacer  
que él propio venga a buscarte.
- TELLO                   ¡Que tengo de acompañarte!  
¿Eres demonio o mujer?
- FABIA                   Ven, llevarás la escalera,  
que no entiendes destes casos.
- TELLO                   Quien sube por tales pasos,  
Fabia, el mismo fin espera.

*Salen DON FERNANDO y DON RODRIGO, en hábito de  
noche.*

- FERNANDO           ¿De qué sirve inútilmente  
venir a ver esta casa?
- RODRIGO            Consuélese entre estas rejas,  
don Fernando, mi esperanza.  
Tal vez sus hierros guarnece  
cristal de sus manos blancas;

donde las pone de día,  
pongo yo de noche el alma;  
que cuanto más doña Inés  
con sus desdenes me mata,  
tanto más me enciende el pecho,  
así su nieve me abrasa.  
¡Oh rejas, enternecidas  
de mi llanto, quién pensara  
que un ángel endureciera  
quien vuestros hierros ablanda!  
¡Oíd...! ¿Qué es lo que está aquí?

FERNANDO

En ellos mismos atada  
está una cinta o listón.

RODRIGO

Sin duda las almas atan  
a estos hierros, por castigo  
de los que su amor declaran.

FERNANDO

Favor fue de mi Leonor,  
tal vez por aquí me habla.

RODRIGO

Que no lo será de Inés  
dice mi desconfianza;  
pero, en duda de que es suyo,  
porque sus manos ingratas  
pudieron ponerle acaso,  
basta que la fe me valga.  
Dadme el listón.

FERNANDO

No es razón,  
si acaso Leonor pensaba  
saber mi cuidado así,  
y no me le ve mañana.

RODRIGO

Un remedio se me ofrece.

FERNANDO

¿Cómo?







INÉS

No sé más  
de que me castiga el cielo.  
O es venganza o es vitoria  
de Amor en mi condición;  
parece que el corazón  
se me abrasa en su memoria.  
Un punto sólo no puedo  
apartarla dél. ¿Qué haré?

*Sale DON RODRIGO, con el listón en el sombrero.*

RODRIGO

(Nunca, amor, imaginé  
que te sujetara el miedo.  
Ánimo para vivir,  
que aquí está Inés.) Al señor  
don Pedro busco.

INÉS

Es error  
tan de mañana acudir,  
que no estará levantado.

RODRIGO

Es un negocio importante.

INÉS

No he visto tan necio amante.

LEONOR

Siempre es discreto lo amado  
y necio lo aborrecido.

RODRIGO

¡Que de ninguna manera  
puedo agradar una fiera  
ni dar memoria a su olvido...!

INÉS

¡Ay, Leonor! No sin razón  
viene don Rodrigo aquí,  
si yo misma le escribí  
que fuese por el listón.

LEONOR

Fabia este engaño te ha hecho.





INÉS                   Pues ¿cómo, enemiga, has hecho  
un enredo semejante?

FABIA                   Antes fue tuyo el enredo,  
si en aquel papel escribes  
que fuese aquel caballero  
por un listón de esperanza  
a las rejas de tu güerto,  
y en ellas pones dos hombres  
que le maten, aunque pienso  
que a no se haber retirado  
pagaran su loco intento.

INÉS                   ¡Ay, Fabia! Ya que contigo  
llego a declarar mi pecho,  
ya que a mi padre, a mi estado  
y a mi honor pierdo el respeto,  
dime: ¿es verdad lo que dices?  
Que siendo ansí, los que fueron  
a la reja le tomaron  
y por favor se le han puesto.  
De suerte estoy, madre mía,  
que no puedo hallar sosiego  
si no es pensando en quien sabes.

FABIA                   (¡Oh, qué bravo efeto hicieron  
los hechizos y conjuros!  
La vitoria me prometo.)  
No te desconsueles, hija;  
vuelve en ti, que tendrás presto  
estado con el mejor  
y más noble caballero  
que agora tiene Castilla;  
porque será por lo menos  
el que por único llaman  
«el Caballero de Olmedo».

Don Alonso en una feria  
te vio, labradora Venus,  
haciendo las cejas arco  
y flecha los ojos bellos.  
Disculpa tuvo en seguirte,  
porque dicen los discretos  
que consiste la hermosura  
en ojos y entendimiento.  
En fin, en las verdes cintas  
de tus pies llevastes presos  
los suyos, que ya el Amor  
no prende con los cabellos.  
Él te sirve, tú le estimas;  
él te adora, tú le has muerto;  
él te escribe, tú respondes:  
¿quién culpa amor tan honesto?  
Para él tienen sus padres,  
porque es único heredero,  
diez mil ducados de renta;  
y aunque es tan mozo, son viejos.  
Déjate amar y servir  
del más noble, del más cuerdo  
caballero de Castilla,  
lindo talle, lindo ingenio.  
El Rey en Valladolid  
grandes mercedes le ha hecho,  
porque él solo honró las fiestas  
de su real casamiento.  
Cuchilladas y lanzadas  
dio en los toros como un Héctor;  
treinta precios dio a las damas  
en sortijas y torneos.  
Armado parece Aquiles  
mirando de Troya el cerco;  
con galas parece Adonis...

- (¡Mejor fin le den los cielos!)  
Vivirás bien empleada  
en un marido discreto.  
¡Desdichada de la dama  
que tiene marido necio!
- INÉS            ¡Ay, madre! Vuélveme loca.  
Pero, ¡triste!, ¿cómo puedo  
ser suya, si a don Rodrigo  
me da mi padre don Pedro?  
Él y don Fernando están  
tratando mi casamiento.
- FABIA            Los dos harán nulidad  
la sentencia de ese pleito.
- INÉS            Está don Rodrigo allí.
- FABIA            Eso no te cause miedo,  
pues es parte y no jüez.
- INÉS            Leonor, ¿no me das consejo?
- LEONOR          Y ¿estás tú para tomarle?
- INÉS            No sé, pero no tratemos  
en público destas cosas.
- FABIA            Déjame a mí tu suceso.  
Don Alonso ha de ser tuyo;  
que serás dichosa espero  
con hombre que es en Castilla  
*la gala de Medina,  
la flor de Olmedo.*

*Fin del primer acto del caballero de Olmedo.*

*Acto segundo*

**Personas del acto segundo**

DON ALONSO.

DON FERNANDO.

DON RODRIGO.

DON PEDRO.

FABIA.

DOÑA INÉS.

DOÑA LEONOR.

TELLO.

EL REY DON JUAN.

EL CONDESTABLE.

ANA.



## Lope de Vega

---

- TELLO                   ¿No te cansa y te amohína  
tanto entrar, tanto partir?
- ALONSO                Pues yo ¿qué hago en venir,  
Tello, de Olmedo a Medina?  
Leandro pasaba un mar  
todas las noches, por ver  
si le podía beber  
para poderse templar;  
pues si entre Olmedo y Medina  
no hay, Tello, un mar, ¿qué me debe  
Inés?
- TELLO                   A otro mar se atreve  
quien al peligro camina  
en que Leandro se vio;  
pues a don Rodrigo veo  
tan cierto de tu deseo  
como puedo estarlo yo;  
que, como yo no sabía  
cúya aquella capa fue,  
un día que la saqué...
- ALONSO                ¡Gran necesidad!
- TELLO                   ...como mía,  
me preguntó: «Diga, hidalgo,  
¿quién esta capa le dio?  
Porque la conozco yo...»  
Respondí: «Si os sirve en algo,  
darela a un criado vuestro».  
Con esto, descolorido,  
dijo: «Habíala perdido  
de noche un lacayo nuestro,  
pero mejor empleada  
está en vos, guardadla bien».  
Y fuese a medio desdén,

puesta la mano en la espada.  
Sabe que te sirvo y sabe  
que la perdió con los dos.  
Advierte, señor, por Dios,  
que toda esta gente es grave,  
y que están en su lugar  
donde todo gallo canta.  
Sin esto, también me espanta  
ver este amor comenzar  
por tantas hechicerías,  
y que cercos y conjuros  
no son remedios seguros,  
si honestamente porfías.  
Fui con ella (que no fuera)  
a sacar de un ahorcado  
una muela; puse a un lado,  
como arlequín, la escalera.  
Subió Fabia, quedé al pie,  
y díjome el salteador:  
«Sube, Tello, sin temor,  
o, si no, yo bajaré».  
¡San Pablo, allí me caí!  
Tan sin alma vine al suelo,  
que fue milagro del cielo  
el poder volver en mí.  
Bajó, desperté turbado  
y de mirarme afligido,  
porque, sin haber llovido,  
estaba todo mojado.

ALONSO

Tello, un verdadero amor  
en ningún peligro advierte.  
Quiso mi contraria suerte  
que hubiese competidor,  
y que trate, enamorado,



INÉS                   ¿El mismo?

ANA                               Señora, sí.

INÉS                   ¡Señor mío...!

ALONSO                               Bella Inés,  
esto es venir a vivir.

TELLO                   Agora no hay que decir:  
«Yo te lo diré después».

INÉS                   ¡Tello amigo!

TELLO                               ¡Reina mía!

INÉS                   Nunca, Alonso de mis ojos,  
por haberme dado enojos  
esta ignorante porfía  
de don Rodrigo, esta tarde,  
he estimado que me vieses  
  
.....  
  
.....

ALONSO                   Aunque fuerza de obediencia  
te hiciese tomar estado,  
no he de estar desengañado  
hasta escuchar la sentencia.  
Bien el alma me decía,  
y a Tello se lo contaba  
cuando el caballo sacaba,  
y el sol los que aguarda el día,  
que de alguna novedad  
procedía mi tristeza,  
viniendo a ver tu belleza,  
pues me dices que es verdad.  
¡Ay de mí si ha sido así!

INÉS  
No lo creas, porque yo  
diré a todo el mundo no,  
después que te dije sí.  
Tú sólo dueño has de ser  
de mi libertad y vida;  
no hay fuerza que el ser impida,  
don Alonso, tu mujer.  
Bajaba al jardín ayer,  
y como por don Fernando  
me voy de Leonor guardando,  
a las fuentes, a las flores  
estuve diciendo amores,  
y estuve también llorando.  
«Flores y aguas -les decía-,  
dichosa vida gozáis,  
pues, aunque noche pasáis,  
veis vuestro sol cada día».  
Pensé que me respondía  
la lengua de una azucena  
(¡qué engaños amor ordena!):  
«Si el sol que adorando estás  
viene de noche, que es más,  
Inés, ¿de qué tienes pena?»

TELLO  
Así dijo a un ciego un griego  
que le contó mil disgustos:  
«Pues tiene la noche gustos,  
¿para qué te quejas, ciego?»

INÉS  
Como mariposa llevo  
a estas horas, deseosa  
de tu luz... No mariposa,  
fénix ya, pues de una suerte  
me da vida y me da muerte  
llama tan dulce y hermosa.

ALONSO            ¡Bien haya el coral, amén,  
de cuyas hojas de rosas  
palabras tan amorosas  
salen a buscar mi bien!  
Y advierte que yo también,  
cuando con Tello no puedo,  
mis celos, mi amor, mi miedo  
digo en tu ausencia a las flores.

TELLO            Yo le vi decir amores  
a los rábanos de Olmedo;  
que un amante suele hablar  
con las piedras, con el viento.

ALONSO            No puede mi pensamiento  
ni estar solo, ni callar;  
contigo, Inés, ha de estar,  
contigo hablar y sentir.  
¡Oh, quién supiera decir  
lo que te digo en ausencia!  
Pero estando en tu presencia  
aun se me olvida el vivir.  
Por el camino le cuento  
tus gracias a Tello, Inés,  
y celebramos después  
tu divino entendimiento.  
Tal gloria en tu nombre siento,  
que una mujer recibí  
de tu nombre, porque ansí,  
llamándola todo el día,  
pienso, Inés, señora mía,  
que te estoy llamando a ti.

TELLO            Pues advierte, Inés discreta,  
de los dos tan nuevo efeto,  
que a él le has hecho discreto,



y aunque me partí llorando,  
*la dejé riendo.*  
Dile, Andrés, que ya me veo  
muerto por volverla a ver...  
Aunque, cuando llegues, creo  
que no será menester,  
que me habrá muerto el deseo.  
No tendrás qué hacer después  
que a sus manos vengativas  
llegues, si una vez la ves,  
ni aun es posible que vivas,  
*si la ves, Andrés.*  
Pero si matarte olvida  
por no hacer caso de ti,  
dile a mi hermosa homicida  
que por qué se mata en mí,  
pues que sabe que es mi vida.  
Dile: «Cruel, no le des  
muerte, si vengada estás  
y te ha de pesar después».  
Y pues no me has de ver más,  
*dile cuál me ves.*  
Verdad es que se dilata  
el morir, pues con mirar  
vuelve a dar vida la ingrata,  
y así se cansa en matar,  
pues da vida a cuantos mata;  
pero muriendo o viviendo,  
no me pienso arrepentir  
de estarla amando y sirviendo;  
que no hay bien como vivir  
*por ella muriendo.*

Lope de Vega

---

INÉS                                Si es tuya, notablemente  
te has alargado en mentir  
por don Alonso.

ALONSO                                Es decir,  
que mi amor en versos miente.  
Pues, señora, ¿qué poesía  
llegará a significar  
mi amor?

INÉS                                        ¡Mi padre!

ALONSO                                        ¿Ha de entrar?

INÉS                                        Escondeos.

ALONSO                                        ¿Dónde?

*Ellos se entran, y sale DON PEDRO.*

PEDRO                                        Inés mía,  
¿Agora por recoger?  
¿Cómo no te has acostado?

INÉS                                        Rezando, señor, he estado,  
por lo que dijiste ayer,  
rogando a Dios que me incline  
a lo que fuere mejor.

PEDRO                                        Cuando para ti mi amor  
imposibles imagine,  
no pudiera hallar un hombre  
como don Rodrigo, Inés.

INÉS                                        Así dicen todos que es  
de su buena fama el nombre;  
y habiéndome de casar,  
ninguno en Medina hubiera,

- ni en Castilla, que pudiera  
sus méritos igualar.
- PEDRO                   ¿Cómo habiendo de casarte?
- INÉS                    Señor, hasta ser forzoso  
decir que ya tengo esposo,  
no he querido disgustarte.
- PEDRO                   ¡Esposo! ¿Qué novedad  
es ésta, Inés?
- INÉS                    Para ti  
será novedad, que en mí  
siempre fue mi voluntad.  
Y, ya que estoy declarada,  
hazme mañana cortar  
un hábito, para dar  
fin a esta gala escusada;  
que así quiero andar, señor,  
mientras me enseñan latín.  
Leonor te queda, que al fin  
te dará nietos Leonor.  
Y por mi madre te ruego  
que en esto no me repliques,  
sino que medios apliques  
a mi elección y sosiego.  
Haz buscar una mujer  
de buena y santa opinión,  
que me dé alguna lición  
de lo que tengo de ser,  
y un maestro de cantar,  
que de latín sea también.
- PEDRO                   ¿Eres tú quien habla, o quién?
- INÉS                    Esto es hacer, no es hablar.

PEDRO

Por una parte, mi pecho  
se enternece de escucharte,  
Inés, y por otra parte,  
de duro mármol le has hecho.  
En tu verde edad mi vida  
esperaba sucesión;  
pero si esto es vocación,  
no quiera Dios que lo impida.  
Haz tu gusto, aunque tu celo  
en esto no intenta el mío;  
que ya sé que el albedrío  
no presta obediencia al cielo.  
Pero porque suele ser  
nuestro pensamiento humano  
tal vez inconstante y vano,  
(y en condición de mujer,  
que es fácil de persuadir,  
tan poca firmeza alcanza,  
que hay de mujer a mudanza  
lo que de hacer a decir)  
mudar las galas no es justo,  
pues no pueden estorbar  
a leer latín o cantar,  
ni a cuanto fuere tu gusto.  
Viste alegre y cortesana,  
que no quiero que Medina,  
si hoy te admirare divina,  
mañana te burle humana.  
Yo haré buscar la mujer  
y quien te enseñe latín,  
pues a mejor padre, en fin,  
es más justo obedecer.  
Y con esto, a Dios te queda;  
que, para no darte enojos,





hace sus mayores fiestas:  
yo tengo que prevenir,  
que, como sabes, se acercan;  
que, fuera de que en la plaza  
quiero que galán me veas,  
de Valladolid me escriben  
que el rey don Juan viene a verlas;  
que en los montes de Toledo  
le pide que se entretenga  
el Condestable estos días,  
porque en ellos convalezca,  
y de camino, señora,  
que honre esta villa le ruega;  
y, así, es razón que le sirva  
la nobleza desta tierra.  
Guárdete el cielo, mi bien.

INÉS                    Espera, que a abrir la puerta  
es forzoso que yo vaya.

ALONSO                ¡Ay luz! ¡Ay aurora necia,  
de todo amante envidiosa!

TELLO                 Ya no aguardéis que amanezca.

ALONSO                ¿Cómo?

TELLO                                Porque es de día.

ALONSO                Bien dices, si a Inés me muestras.  
Pero ¿cómo puede ser,  
Tello, cuando el sol se acuesta?

TELLO                 Tú vas de espacio, él aprisa;  
apostaré que te quedas.

*Vanse.*





Lope de Vega

---

RODRIGO            Si viene don Alonso, ya Medina  
                          ¿qué competencia con Olmedo tiene?

FERNANDO        ¡Qué loco estáis!

RODRIGO                            Amor me desatina.

*Vanse.*

*Salen DON PEDRO, DOÑA INÉS, DOÑA LEONOR.*

PEDRO            No porfíes.

INÉS                            No podrás  
                          mi propósito vencer.

PEDRO            Hija, ¿qué quieres hacer,  
                          que tal veneno me das?  
                          Tiempo te queda...

INÉS                            Señor,  
                          ¿qué importa el hábito pardo,  
                          si para siempre le aguardo?

LEONOR          Necia estás.

INÉS                            Calla, Leonor.

LEONOR          Por lo menos estas fiestas  
                          has de ver con galas.

INÉS                            Mira  
                          que quien por otras suspira  
                          ya no tiene el gusto en estas.  
                          Galas celestiales son  
                          las que ya mi vida espera.

PEDRO            ¿No basta que yo lo quiera?

INÉS                      Obedecerte es razón.

*Sale FABIA, con un rosario y báculo y antojos.*

FABIA                      Paz sea en aquesta casa.

PEDRO                     Y venga con vos.

FABIA                                      ¿Quién es  
la señora doña Inés,  
que con el Señor se casa?  
¿Quién es aquella que ya  
tiene su esposo elegida,  
y como a prenda querida  
estos impulsos le da?

PEDRO                     Madre honrada, esta que veis,  
y yo su padre.

FABIA                                      Que sea  
muchos años, y ella vea  
el dueño que vos no veis.  
Aunque en el Señor espero  
que os ha de obligar piadoso  
a que acetéis tal esposo,  
que es muy noble caballero.

PEDRO                     Y ¡cómo, madre, si lo es!

FABIA                     Sabiendo que anda a buscar  
quien venga a morigerar  
los verdes años de Inés,  
quien la guíe, quien la muestre  
las sémitas del Señor,  
y al camino del amor  
como a principianta adiestre,  
hice oración, en verdad,



PEDRO Un ángel es la mujer.

*Sale TELLO, de gorrón.*

TELLO Si con sus hijas está,  
yo sé que agradecerá  
que yo me venga a ofrecer.  
El maestro que buscáis  
está aquí, señor don Pedro,  
para latín y otras cosas,  
que dirá después su efeto.  
Que buscáis un estudiante  
en la iglesia me dijeron,  
porque ya desta señora  
se sabe el honesto intento.  
Aquí he venido a serviros,  
puesto que soy forastero,  
si valgo para enseñarla.

PEDRO Ya creo y tengo por cierto,  
viendo que todo se junta,  
que fue voluntad del cielo.  
En casa puede quedarse  
la madre, y este mancebo  
venir a darte lición.  
Concertadlo, mientras vuelvo.  
¿De dónde es, galán?

TELLO Señor, soy calahorreño.

PEDRO ¿Su nombre?

TELLO Martín Peláez.

PEDRO Del Cid debe de ser deudo.  
¿Dónde estudió?



INÉS                   ¿No me ha escrito?  
TELLO                                   Soy un necio.  
                                  Esta, señora, es la carta.  
INÉS                   Bésola de porte y leo.

*DON PEDRO vuelve.*

PEDRO                Pues pon el coche, si está  
                                  malo el alazán. ¿Qué es esto?  
TELLO                ¡Tu padre! Haz que lees, y yo  
                                  haré que latín te enseño.  
                                  *Dominus...*

INÉS                                   *Dominus...*  
TELLO   Diga.  
INÉS                   ¿Cómo más?

TELLO                                   *Dominus meus.*  
INÉS                   *Dominus meus.*

TELLO                                   Ansí,  
                                  poco a poco irá leyendo.

PEDRO                ¿Tan presto tomas lición?

INÉS                   Tengo notable deseo.

PEDRO                Basta; que a decir, Inés,  
                                  me envía el Ayuntamiento  
                                  que salga a las fiestas yo.

INÉS                   Muy discretamente han hecho,  
                                  pues viene a la fiesta el Rey.

PEDRO                Pues sea, con un concierto:  
                                  que has de verlas con Leonor.

## Lope de Vega

---

- INÉS                            Madre, dígame si puedo  
verlas sin pecar.
- FABIA                            Pues ¿no?  
No escrupulices en eso,  
como algunos, tan mirrados,  
que piensan, de circunspectos,  
que en todo ofenden a Dios,  
y olvidados de que fueron  
hijos de otros, como todos,  
cualquiera entretenimiento  
que los trabajos olvide  
tienen por notable exceso.  
Y aunque es justo moderarlos,  
doy licencia, por lo menos  
para estas fiestas, por ser  
*iugatoribus paternus*.
- PEDRO                        Pues vamos, que quiero dar  
dineros a tu maestro,  
y a la madre para un manto.
- FABIA                        A todos cubra el del cielo.  
Y vos, Leonor, ¿no seréis  
como vuestra hermana presto?
- LEONOR                      Sí, madre, porque es muy justo  
que tome tan santo ejemplo.

*Sale el rey DON JUAN, con acompañamiento, y el  
CONDESTABLE*

- REY                            No me traigáis al partir  
negocios que despachar.
- CONDESTABLE            Contienen sólo firmar,  
no has de ocuparte en oír.

- REY                               Decid con mucha presteza.
- CONDESTABLE   ¿Han de entrar?
- REY    Ahora no.
- CONDESTABLE   Su Santidad concedió  
lo que pidió Vuestra Alteza  
por Alcántara, señor.
- REY                               Que mudase le pedí  
el hábito, porque así  
pienso que estará mejor.
- CONDESTABLE   Era aquel traje muy feo.
- REY                               Cruz verde pueden traer.  
Mucho debo agradecer  
al Pontífice el deseo  
que de nuestro aumento muestra,  
con que irán siempre adelante  
estas cosas del Infante  
en cuanto es de parte nuestra.
- CONDESTABLE   Éstas son dos provisiones,  
y entrambas notables son.
- REY                               ¿Qué contienen?
- CONDESTABLE                                La razón  
de diferencia que pones  
entre los moros y hebreos  
que en Castilla han de vivir.
- REY                               Quiero con esto cumplir,  
Condestable, los deseos  
de fray Vicente Ferrer,  
que lo ha deseado tanto.
- CONDESTABLE   Es un hombre docto y santo.



ALONSO

¡Ay, riguroso estado,  
ausencia mi enemiga,  
que dividiendo el alma  
puedes dejar la vida!  
¡Cuán bien por tus efectos  
te llaman muerte viva,  
pues das vida al deseo  
y matas a la vista!  
¡Oh, cuán piadosa fueras,  
si al partir de Medina  
la vida me quitaras  
como el alma me quitas!  
En ti, Medina, vive  
aquella Inés divina,  
que es honra de la corte  
y gloria de la villa.  
Sus alabanzas cantan  
las aguas fugitivas,  
las aves, que la escuchan,  
las flores, que la imitan.  
Es tan bella, que tiene  
envidia de sí misma,  
pudiendo estar segura  
que el mismo sol la envidia;  
pues no la ve más bella,  
por su dorada cinta,  
ni cuando viene a España,  
ni cuando va a las Indias.  
Yo merecí quererla.  
¡Dichosa mi osadía,  
que es merecer sus penas  
calificar mis dichas!  
Cuando pudiera verla,  
adorarla y servirla,  
la fuerza del secreto









*Lea.*

- «Poneos esa banda al cuello.  
¡Ay, si yo fuera la banda!»
- TELLO                    ¡Bien dicho, por Dios, y entrar  
con doña Inés en la plaza!
- ALONSO                ¿Dónde está la banda, Tello?
- TELLO                    A mí no me han dado nada.
- ALONSO                ¿Cómo no?
- TELLO                                Pues ¿qué me has dado?
- ALONSO                Ya te entiendo: luego saca  
a tu elección un vestido.
- TELLO                    Ésta es la banda.
- ALONSO                                ¡Estremada!
- TELLO                    Tales manos la bordaron.
- ALONSO                Demos orden que me parta.  
Pero ¡ay, Tello!
- TELLO                                ¿Qué tenemos?
- ALONSO                De decirte me olvidaba  
unos sueños que he tenido.
- TELLO                    ¿Agora en sueños reparas?
- ALONSO                No los creo, claro está;  
pero dan pena.
- TELLO                                Eso basta.
- ALONSO                No falta quien llama a algunos  
revelaciones del alma.

TELLO           ¿Qué te puede suceder  
                  en una cosa tan llana  
                  como quererte casar?

ALONSO         Hoy, Tello, al salir el alba,  
                  con la inquietud de la noche,  
                  me levanté de la cama,  
                  abrí la ventana aprisa,  
                  y mirando flores y aguas  
                  que adornan nuestro jardín,  
                  sobre una verde retama  
                  veo ponerse un jilguero,  
                  cuyas esmaltadas alas  
                  con lo amarillo añadían  
                  flores a las verdes ramas.  
                  Y estando al aire trinando  
                  de la pequeña garganta  
                  con naturales pasajes  
                  las quejas enamoradas,  
                  sale un azor de un almendro,  
                  adonde escondido estaba,  
                  y como eran en los dos  
                  tan desiguales las armas,  
                  tiñó de sangre las flores,  
                  plumas al aire derrama.  
                  Al triste chillido, Tello,  
                  débiles ecos del aura  
                  respondieron, y, no lejos,  
                  lamentando su desgracia,  
                  su esposa, que en un jazmín  
                  la tragedia viendo estaba.  
                  Yo, midiendo con los sueños  
                  estos avisos del alma,  
                  apenas puedo alentarme;  
                  que con saber que son falsas

- todas estas cosas, tengo  
tan perdida la esperanza,  
que no me aliento a vivir.
- TELLO Mal a doña Inés le pagas  
aquella heroica firmeza  
con que atrevida contrasta  
los golpes de la fortuna.  
Ven a Medina y no hagas  
caso de sueños ni agüeros,  
cosas a la fe contrarias.  
Lleva el ánimo que sueles,  
caballos, lanzas y galas,  
mata de envidia los hombres,  
mata de amores las damas.  
Doña Inés ha de ser tuya,  
a pesar de cuantos tratan  
dividiros a los dos.
- ALONSO Bien dices, Inés me aguarda:  
vamos a Medina alegres.  
Las penas anticipadas  
dicen que matan dos veces,  
y a mí sola Inés me mata,  
no como pena, que es gloria.
- TELLO Tú me verás en la plaza  
hincar de rodillas toros  
delante de sus ventanas.

*Fin del segundo acto del caballero de Olmedo.*

*Acto tercero*

**Personas del acto tercero**

DON FERNANDO

DOÑA LEONOR

DON RODRIGO

CRIADO MENDO

DON PEDRO

UNA SOMBRA

DON ALONSO

UN LABRADOR

EL REY

FABIA

EL CONDESTABLE

TELLO

DOÑA INÉS

*Suenen atabales y entren con lacayos y rejonos DON  
RODRIGO y DON FERNANDO.*

RODRIGO           Poca dicha.

FERNANDO                   Malas suertes.

RODRIGO           ¡Qué pesar!

FERNANDO                   ¡Qué se ha de hacer!

RODRIGO           Brazo, ya no puede ser  
que en servir a Inés aciertes.

FERNANDO           Corrido estoy.

RODRIGO                   Yo, turbado.

FERNANDO           Volvamos a porfiar.

RODRIGO           Es imposible acertar  
un hombre tan desdichado.  
Para el de Olmedo, en efeto,  
guardó suertes la fortuna.

FERNANDO           No ha errado el hombre ninguna.

RODRIGO           Que la ha de errar os prometo.

FERNANDO           Un hombre favorecido,  
Rodrigo, todo lo acierta.

RODRIGO           Abriole el amor la puerta,  
y a mí, Fernando, el olvido.  
Fuera desto, un forastero  
luego se lleva los ojos.

FERNANDO           Vos tenéis justos enojos.  
Él es galán caballero,

mas no para escurecer  
los hombres que hay en Medina.

RODRIGO           La patria me desatina;  
mucho parece mujer  
en que lo propio desprecia  
y de lo ajeno se agrada.

FERNANDO        De siempre ingrata culpada:  
son ejemplos Roma y Grecia.

*Dentro, ruido de pretales y voces.*

VOZ 1            ¡Brava suerte!

VOZ 2                            ¡Con qué gala  
quebró el rejón!

FERNANDO                        ¿Qué aguardamos?  
Tomemos caballos.

RODRIGO                            Vamos.

VOZ 1            Nadie en el mundo le iguala.

FERNANDO        ¿Oyes esa voz?

RODRIGO                            No puedo  
sufrirlo.

FERNANDO                        Aún no lo encareces.

VOZ 1            ¡Vítor setecientas veces  
el Caballero de Olmedo!

RODRIGO        ¿Qué suerte quieres que aguarde,  
Fernando, con estas voces?

FERNANDO        Es vulgo, ¿no le conoces?

VOZ 1            ¡Dios te guarde, Dios te guarde!



me esperan para que yo  
haga suertes que me afrenten,  
o que algún toro me mate  
o me arrastre o me maltrate  
donde con risa lo cuenten.

*Vanse los dos.*

- TELLO                    Aquéllos te están mirando.
- ALONSO                Ya los he visto envidiosos  
de mis dichas, y aun celosos  
de mirarme a Inés mirando.
- TELLO                    ¡Bravos favores te ha hecho  
con la risa!: que la risa  
es lengua muda que avisa  
de lo que pasa en el pecho.  
No pasabas vez ninguna,  
que arrojar no se quería  
del balcón.
- ALONSO                                    ¡Ay, Inés mía!  
¡Si quisiese la fortuna  
que a mis padres les llevase  
tal prenda de sucesión!
- TELLO                    Sí harás, como la ocasión  
deste don Rodrigo pase;  
porque satisfecho estoy  
de que Inés por ti se abraza.
- ALONSO                Fabia se ha quedado en casa;  
mientras una vuelta doy  
a la plaza, ve corriendo  
y di que esté prevenida  
Inés, porque en mi partida

la pueda hablar, advirtiéndome  
que, si esta noche no fuese  
a Olmedo, me han de contar  
mis padres por muerto: y dar  
ocasión, si no los viese,  
a esta pena, no es razón;  
tengan buen sueño, que es justo.

TELLO                    Bien dices; duerman con gusto,  
pues es forzosa ocasión  
de temer y de esperar.

ALONSO                Yo entro.

*Vase DON ALONSO.*

TELLO                    Guárdete el cielo.  
Pues puedo hablar sin recelo,  
a Fabia quiero llegar.  
Traigo cierto pensamiento  
para coger la cadena  
a esta vieja, aunque con pena  
de su astuto entendimiento.  
No supo Circe, Medea,  
ni Hécate, lo que ella sabe;  
tendrá en el alma una llave  
que de treinta vueltas sea.  
Mas no hay maestra mejor  
que decirle que la quiero,  
que es el remedio primero  
para una mujer mayor;  
que con dos razones tiernas  
de amores y voluntad,  
presumen de mocedad  
y piensa que son eternas.



- TELLO            Esa hermosura bastaba  
para que yo fuera Orlando.  
¿Toros de Medina a mí?  
¡Vive el cielo!, que les di  
reveses, desjarretando,  
de tal aire, de tal casta,  
en medio del regocijo,  
que hubo toro que me dijo:  
«Basta, señor Tello, basta».  
«No basta», le dije yo,  
y eché de un tajo volado  
una pierna en un tejado.
- FABIA            Y ¿cuántas tejas quebró?
- TELLO            Eso al dueño, que no a mí.  
Dile, Fabia, a tu señora,  
que ese mozo que la adora  
vendrá a despedirse aquí;  
que es fuerza volverse a casa,  
porque no piensen que es muerto  
sus padres. Esto te advierto.  
Y porque la fiesta pasa  
sin mí, y el Rey me ha de echar  
menos -que en efeto soy  
su toricida-, me voy  
a dar materia al lugar  
de vítores y de aplauso,  
si me das algún favor.
- FABIA            ¿Yo favor?
- TELLO            Paga mi amor.
- FABIA            ¿Que yo tus hazañas causo?  
Basta, que no lo sabía.  
¿Qué te agrada más?



## Lope de Vega

---

VOZ 1 Cayó don Rodrigo.  
ALONSO ¡Afuera!  
VOZ 2 ¡Qué gallardo, qué animoso  
don Alonso le socorre!  
VOZ 1 Ya se apea don Alonso.  
VOZ 2 ¡Qué valientes cuchilladas!  
VOZ 1 Hizo pedazos el toro.

*Salgan los dos y DON ALONSO teniéndole.*

ALONSO Aquí tengo yo caballo;  
que los vuestros van furiosos  
discurriendo por la plaza.  
¡Ánimo!

RODRIGO Con vos le cobro.  
La caída ha sido grande.

ALONSO Pues no será bien que al coso  
volváis; aquí habrá criados  
que os sirvan, porque yo torno  
a la plaza. Perdonadme,  
porque cobrar es forzoso  
el caballo que dejé.

*Vase, y sale DON FERNANDO.*

FERNANDO ¿Qué es esto? ¡Rodrigo, y solo!  
¿Cómo estáis?

RODRIGO Mala caída,  
mal suceso, malo todo;  
pero más deber la vida

a quien me tiene celoso  
y a quien la muerte deseo.

FERNANDO

¡Que sucediese a los ojos  
del Rey y que viese Inés  
que aquel su galán dichoso  
hiciese el toro pedazos  
por libraros!

RODRIGO

Estoy loco.  
No hay hombre tan desdichado,  
Fernando, de polo a polo.  
¡Qué de afrentas, qué de penas,  
qué de agravios, qué de enojos,  
qué de injurias, qué de celos,  
qué de agüeros, qué de asombros!  
Alcé los ojos a ver  
a Inés, por ver si piadoso  
mostraba el semblante entonces  
que como un gran necio adoro;  
y veo que no pudiera  
mirar Nerón riguroso  
desde la torre Tarpeya  
de Roma el incendio, como  
desde el balcón me miraba;  
y que luego, en vergonzoso  
clavel de púrpura fina  
bañado el jazmín del rostro,  
a don Alonso miraba,  
y que por los labios rojos  
pagaba en perlas el gusto  
de ver que a sus pies me postro,  
de la fortuna arrojado  
-y de la suya envidioso-.  
Mas ¡vive Dios que la risa,  
primero que la de Apolo

alegre el Oriente y bañe  
el aire de átomos de oro,  
se le ha de trocar en llanto,  
si hallo al hidalguillo loco  
entre Medina y Olmedo!

FERNANDO Él sabrá ponerse en cobro.

RODRIGO Mal conocéis a los celos.

FERNANDO ¿Quién sabe que no son monstruos?  
Mas lo que ha de importar mucho  
no se ha de pensar tan poco.

*Salen el REY, el CONDESTABLE y criados.*

REY Tarde acabaron las fiestas;  
pero ellas han sido tales,  
que no las he visto iguales.

CONDESTABLE Dije a Medina que aprestas  
para mañana partir;  
mas tiene tanto deseo  
de que veas el torneo  
con que te quiere servir,  
que me ha pedido, Señor,  
que dos días se detenga  
Vuestra Alteza.

REY Cuando venga,  
pienso que será mejor.

CONDESTABLE Haga este gusto a Medina  
Vuestra Alteza.

REY Por vos, sea,  
aunque el Infante desea  
-con tanta prisa camina-

estas vistas de Toledo  
para el día concertado.

CONDESTABLE Galán y bizarro ha estado  
el caballero de Olmedo.

REY ¡Buenas suertes, Condestable!

CONDESTABLE No sé en él cuál es mayor,  
la ventura o el valor,  
aunque es el valor notable.

REY Cualquiera cosa hace bien.

CONDESTABLE Con razón le favorece  
Vuestra Alteza.

REY Él lo merece  
y que vos le honréis también.

*Vanse, y salen DON ALONSO y TELLO, de noche.*

TELLO Mucho habemos esperado,  
ya no puedes caminar.

ALONSO Deseo, Tello, escusar  
a mis padres el cuidado:  
a cualquier hora es forzoso  
partirme.

TELLO Si hablas a Inés,  
¿qué importa, señor, que estés  
de tus padres cuidadoso?  
Porque os ha de hallar el día  
en esas rejás.

ALONSO No hará,  
que el alma me avisará  
como si no fuera mía.

Lope de Vega

---

TELLO                    Parece que hablan en ellas,  
y que es, en la voz, Leonor.

ALONSO                Y lo dice el resplandor  
que da el sol a las estrellas.

*LEONOR, en la reja.*

LEONOR                ¿Es don Alonso?

ALONSO                                    Yo soy.

LEONOR                Luego mi hermana saldrá,  
porque con mi padre está  
hablando en las fiestas de hoy.  
Tello puede entrar, que quiere  
daros un regalo Inés.

ALONSO                Entra, Tello.

TELLO                                    Si después  
cerraren y no saliere,  
bien puedes partir sin mí,  
que yo te sabré alcanzar.

ALONSO                ¿Cuándo, Leonor, podré entrar  
con tal libertad aquí?

LEONOR                Pienso que ha de ser muy presto,  
porque mi padre de suerte  
te encarece, que a quererte  
tiene el corazón dispuesto.  
Y porque se case Inés,  
en sabiendo vuestro amor,  
sabrás escoger lo mejor,  
como estimarlo después.

*Sale DOÑA INÉS a la reja.*





haciendo discursos varios.  
Ya para siempre me privo  
de verte, y de suerte vivo,  
que, mi muerte presumiendo,  
parece que estoy diciendo:  
*«Señora, aquesta te escribo».*  
Tener de tu esposo el nombre  
amor y favor ha sido;  
pero es justo que me asombre,  
que amado y favorecido  
tenga tal tristeza un hombre.  
Parto a morir, y te escribo  
mi muerte, si ausente vivo,  
porque tengo, Inés, por cierto  
que si vuelvo será muerto,  
*pues partir no puedo vivo.*  
Bien sé que tristeza es;  
pero puede tanto en mí,  
que me dice, hermosa Inés:  
*«Si partes muerto de aquí,  
¿cómo volverás después?»*  
Yo parto, y parto a la muerte,  
aunque morir no es perderte;  
que si el alma no se parte,  
¿cómo es posible dejarte,  
*cuanto más volver a verte?*

INÉS

Pena me has dado y temor  
con tus miedos y recelos;  
si tus tristezas son celos,  
ingrato ha sido tu amor.  
Bien entiendo tus razones,  
pero tú no has entendido  
mi amor.





de que la envidia me sigue.  
Pero ya no puede ser  
que don Rodrigo me envidie,  
pues hoy la vida me debe;  
que esta deuda no permite  
que un caballero tan noble  
en ningún tiempo la olvide.  
Antes pienso que ha de ser  
para que amistad confirme  
desde hoy conmigo en Medina;  
que la ingratitud no vive  
en buena sangre, que siempre  
entre villanos reside.  
En fin, es la quinta esencia  
de cuantas acciones viles  
tiene la bajeza humana  
pagar mal quien bien recibe.

*Vase.*

*Salen DON RODRIGO, DON FERNANDO, MENDO y LAÍN.*

RODRIGO            Hoy tendrán fin mis celos y su vida.  
FERNANDO        Finalmente, ¿venís determinado?  
RODRIGO            No habrá consejo que su muerte impida,  
después que la palabra me han quebrado.  
Ya se entendió la devoción fingida,  
ya supe que era Tello, su criado,  
quien la enseñaba aquel latín que ha sido  
en cartas de romance traducido.  
¡Qué honrada dueña recibió en su casa  
don Pedro en Fabia! ¡Oh mísera doncella!

Disculpo tu inocencia, si te abrasa  
fuego infernal de los hechizos della.  
No sabe, aunque es discreta, lo que pasa,  
y así el honor de entrambos atropella.  
¡Cuántas casas de nobles caballeros  
han infamado hechizos y terceros!  
Fabia, que puede trasponer un monte;  
Fabia, que puede detener un río  
y en los negros ministros de Aqueronte  
tiene, como en vasallos, señorío;  
Fabia, que deste mar, deste horizonte,  
al abrasado clima, al Norte frío  
puede llevar un hombre por el aire,  
le da liciones: ¿hay mayor donaire?

FERNANDO

Por la misma razón yo no tratara  
de más venganza.

RODRIGO

¡Vive Dios, Fernando,  
que fuera de los dos bajeza clara!

FERNANDO

No la hay mayor que despreciar amando.

RODRIGO

Si vos podéis, yo no.

MENDO

Señor, repara  
en que vienen los ecos avisando  
de que a caballo alguna gente viene.

RODRIGO

Si viene acompañado, miedo tiene.

FERNANDO

No lo creas, que es mozo temerario.

RODRIGO

Todo hombre con silencio esté escondido.  
Tú, Mendo, el arcabuz, si es necesario,  
tendrás detrás de un árbol prevenido.

FERNANDO

¡Qué inconstante es el bien, qué loco y vario!  
Hoy a vista de un rey salió lucido,

admirado de todos a la plaza,  
y ¡ya tan fiera muerte le amenaza!

*Escóndanse, y salga DON ALONSO.*

ALONSO

Lo que jamás he temido,  
que es algún recelo o miedo,  
llevo caminando a Olmedo;  
pero tristezas han sido.  
Del agua el manso rüido  
y el ligero movimiento  
destas ramas, con el viento,  
mi tristeza aumentan más.  
Yo camino, y vuelve atrás  
mi confuso pensamiento.  
De mis padres el amor  
y la obediencia me lleva,  
aunque ésta es pequeña prueba  
del alma de mi valor.  
Conozco que fue rigor  
el dejar tan presto a Inés...  
¡Qué oscuridad! Todo es  
horror, hasta que el Aurora  
en las alfombras de Flora  
ponga los dorados pies.

*Tocan.*

Allí cantan. ¿Quién será?  
Mas será algún labrador  
que camina a su labor.  
Lejos parece que está;  
pero acercándose va.  
Pues ¡cómo!: lleva instrumento,

y no es rústico el acento,  
sino sonoro y süave.  
¡Qué mal la música sabe,  
si está triste el pensamiento!

*Canten desde lejos en el vestuario, y véngase acercando la voz,  
como que camina.*

VOZ *Que de noche le mataron  
al caballero,  
la gala de Medina,  
la flor de Olmedo.*

ALONSO ¡Cielos! ¿Qué estoy escuchando?  
Si es que avisos vuestros son,  
ya que estoy en la ocasión,  
¿de qué me estáis informando?  
Volver atrás, ¿cómo puedo?  
Invención de Fabia es,  
que quiere, a ruego de Inés,  
hacer que no vaya a Olmedo.

LA VOZ *Sombras le avisaron  
que no saliese,  
y le aconsejaron  
que no se fuese  
el caballero,  
la gala de Medina,  
la flor de Olmedo.*

ALONSO ¡Hola, buen hombre, el que canta!

LABRADOR ¿Quién me llama?

ALONSO Un hombre soy  
que va perdido.

LABRADOR

Ya voy.

*Sale un LABRADOR.*

Veisme aquí.

ALONSO

(Todo me espanta.)

¿Dónde vas?

LABRADOR

A mi labor.

ALONSO

¿Quién esa canción te ha dado,  
que tristemente has cantado?

LABRADOR

Allá en Medina, señor.

ALONSO

A mí me suelen llamar  
el Caballero de Olmedo,  
y yo estoy vivo...

LABRADOR

No puedo

deciros deste cantar  
más historias ni ocasión  
de que a una Fabia la oí.  
Si os importa, yo cumplí  
con deciros la canción.  
Volved atrás, no paséis  
deste arroyo.

ALONSO

En mi nobleza,

fuera ese temor bajeza.

LABRADOR

Muy necio valor tenéis.  
Volved, volved a Medina.

ALONSO

Ven tú conmigo.

LABRADOR

No puedo.

ALONSO            ¡Qué de sombras finge el miedo!  
¡Qué de engaños imagina!  
Oye, escucha, ¿Dónde fue,  
que apenas sus pasos siento?  
¡Ah, Labrador! Oye, aguarda...  
«Aguarda», responde el eco.  
¡Muerto yo! Pero es canción  
que por algún hombre hicieron  
de Olmedo, y los de Medina  
en este camino han muerto.  
A la mitad dél estoy:  
¿qué han de decir si me vuelvo?  
Gente viene... No me pesa;  
si allá van, iré con ellos.

*Salgan DON RODRIGO y DON FERNANDO y su gente.*

RODRIGO            ¿Quién va?

ALONSO                            Un hombre. ¿No me ven?

FERNANDO           Deténgase.

ALONSO                            Caballeros,  
si acaso necesidad  
los fuerza a pasos como éstos,  
desde aquí a mi casa hay poco:  
no habré menester dineros;  
que de día y en la calle  
se los doy a cuantos veo  
que me hacen honra en pedirlos.

RODRIGO            Quítese las armas luego.

ALONSO                            ¿Para qué?

RODRIGO                            Para rendillas.





## Lope de Vega

---

TELLO ¡Ay, Dios!

¿Por qué dudo lo que veo?  
Es mi señor don Alonso.

ALONSO Seas bien venido, Tello.

TELLO ¿Cómo, señor, si he tardado?  
¿Cómo, si a mirarte llego  
hecho una fiera de sangre?  
¡Traidores, villanos, perros,  
volved, volved a matarme,  
pues habéis, infames, muerto  
el más noble, el más valiente,  
el más galán caballero  
que ciñó espada en Castilla!

ALONSO Tello, Tello, ya no es tiempo  
más que de tratar del alma.  
Ponme en tu caballo presto  
y llévame a ver mis padres.

TELLO ¡Qué buenas nuevas les llevo  
de las fiestas de Medina!  
¿Qué dirá aquel noble viejo?  
¿Qué hará tu madre y tu patria?  
¡Venganza, piadosos cielos!

*Salen DON PEDRO, DOÑA INÉS, DOÑA LEONOR, FABIA y  
ANA.*

INÉS ¿Tantas mercedes ha hecho?

PEDRO Hoy mostró con su real  
mano, heroica y liberal,  
la grandeza de su pecho.  
Medina está agradecida,

- y, por la que he recibido,  
a besarla os he traído.
- LEONOR           ¿Previene ya su partida?
- PEDRO            Sí, Leonor, por el Infante,  
que aguarda al Rey en Toledo.  
En fin, obligado quedo;  
que por merced semejante,  
más por vosotras lo estoy,  
pues ha de ser vuestro aumento.
- LEONOR           Con razón estás contento.
- PEDRO            Alcaide de Burgos soy.  
Besad la mano a Su Alteza.
- INÉS             ¡Ha de haber ausencia, Fabia!
- FABIA            Más la fortuna te agravia.
- INÉS             No en vano tanta tristeza  
he tenido desde ayer.
- FABIA            Yo pienso que mayor daño  
te espera, si no me engaño,  
como suele suceder,  
que en las cosas por venir  
no puede haber cierta ciencia.
- INÉS             ¿Qué mayor mal que la ausencia,  
pues es mayor que morir?
- PEDRO            Ya, Inés, ¿qué mayores bienes  
pudiera yo desear,  
si tú quisieras dejar  
el propósito que tienes?  
No porque yo te hago fuerza,  
pero quisiera casarte.



era porque imaginaba  
diferente vocación.  
Habla, Inés, no estés ansí.

INÉS                    Señor, Leonor se adelanta;  
que la inclinación no es tanta  
como ella te ha dicho aquí.

PEDRO                Yo no quiero examinarte,  
sino estar con mucho gusto  
de pensamiento tan justo  
y de que quieras casarte.  
Desde agora es tu marido;  
que me tendré por honrado  
de un yerno tan estimado,  
tan rico y tan bien nacido.

INÉS                    Beso mil veces tus pies.  
Loca de contento estoy,  
Fabia.

FABIA                                    El parabién te doy,  
(si no es pésame después).

LEONOR                El Rey.

PEDRO                                    Llegad a besar  
su mano.

INÉS                                    ¡Qué alegre llego!

*Salen el REY, el CONDESTABLE y gente, y DON RODRIGO y  
DON FERNANDO.*

PEDRO                Dé Vuestra Alteza los pies,  
por la merced que me ha hecho  
del alcaidía de Burgos,  
a mí y a mis hijas.



a quien hicistes merced  
de un hábito.

REY Yo os prometo  
que la primera encomienda  
sea suya...

RODRIGO ¡Extraño suceso!

FERNANDO Ten prudencia.

REY ...porque es hombre  
de grandes merecimientos.

*Sale TELLO.*

TELLO Dejadme entrar.

REY ¿Quién da voces?

CONDESTABLE Con la guarda un escudero  
que quiere hablarte.

REY Dejadle.

CONDESTABLE Viene llorando y pidiendo  
justicia.

REY Hacerla es mi oficio.  
Eso significa el cetro.

TELLO Invictísimo don Juan,  
que del castellano reino,  
a pesar de tanta envidia,  
gozas el dichoso imperio:  
con un caballero anciano  
vine a Medina pidiendo  
justicia de dos traidores;  
pero el doloroso exceso  
en tus puertas le ha dejado,

si no desmayado, muerto.  
Con esto yo, que le sirvo,  
rompí con atrevimiento  
tus guardas y tus oídos:  
oye, pues te puso el cielo  
la vara de su justicia  
en tu libre entendimiento,  
para castigar los malos  
y para premiar los buenos.  
La noche de aquellas fiestas  
que a la Cruz de Mayo hicieron  
caballeros de Medina,  
para que fuese tan cierto  
que donde hay cruz hay pasión,  
por dar a sus padres viejos  
contento de verle libre  
de los toros, menos fieros  
que fueron sus enemigos,  
partió de Medina a Olmedo  
don Alonso, mi señor,  
aquel ilustre mancebo  
que mereció tu alabanza,  
que es raro encarecimiento.  
Quedeme en Medina yo,  
como a mi cargo estuvieron  
los jaeces y caballos,  
para tenerte cuenta de ellos.  
Ya la destocada noche,  
de los dos polos en medio,  
daba a la traición espada,  
mano al hurto, pies al miedo,  
cuando partí de Medina;  
y al pasar un arroyuelo,  
puente y señal del camino,  
veo seis hombres corriendo

hacia Medina, turbados  
y, aunque juntos, descompuestos.  
La luna, que salió tarde,  
menguado el rostro sangriento,  
me dio a conocer los dos;  
que tal vez alumbra el cielo  
con las hachas de sus luces  
el más oscuro silencio,  
para que vean los hombres  
de las maldades los dueños,  
porque a los ojos divinos  
no hubiese humanos secretos.  
Paso adelante, ¡ay de mí!,  
y envuelto en su sangre veo  
a don Alonso espirando.  
Aquí, gran señor, no puedo  
ni hacer resistencia al llanto,  
ni decir el sentimiento.  
En el caballo le puse  
tan animoso, que creo  
que pensaban sus contrarios  
que no le dejaban muerto.  
A Olmedo llegó con vida,  
cuanto fue bastante, ¡ay cielo!,  
para oír la bendición  
de dos miserables viejos,  
que enjugaban las heridas  
con lágrimas y con besos.  
Cubrió de luto su casa  
y su patria, cuyo entierro  
será el del fénix, Señor,  
después de muerto viviendo  
en las lenguas de la fama,  
a quien conocen respeto

